



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 4 de octubre de 1987

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. La proclamación de tres nuevos Beatos, que ha tenido lugar hace poco en la basílica de San Pedro, ofrece a la Iglesia una luz y un estímulo de especial actualidad, indicando a todos los laicos de la comunidad cristiana el deseo y el compromiso de ser santos.

La celebración de hoy, al comienzo del Sínodo Episcopal, sobre la vocación y misión de los laicos, lleva nuestra reflexión a un texto luminoso del Concilio Vaticano II: "Es totalmente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano, incluso en la sociedad terrena" (*Lumen gentium*, 40).

El Sínodo de los Obispos se propone dar nuevo vigor a la conciencia de los laicos acerca de esta llamada universal a la santidad en la caridad (*Instrumentum laboris*, 35), confirmando en la Iglesia la conciencia de que todos los miembros del Pueblo de Dios, en virtud de la fe que han recibido, son invitados a tender con todo su empeño a la gloria de la Trinidad y al bien de los hombres. Los laicos están obligados de este modo, por una singular vocación, a contribuir al incremento de la vida espiritual de la Iglesia, para que ésta realice, toda junta, su continua ascensión a la santidad.

2. Hoy quisiera recordar sobre todo las excelsas figuras de creyentes que, viviendo en el corazón del mundo, en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social llevan una vida plenamente entrelazada de fe, ordenando según Dios las mismas realidades temporales. Cuántas madres y cuántos padres de familia, por ejemplo, guiados por el Espíritu en su fidelidad a la vocación sobrenatural de cristianos, han sabido plasmar su vida cotidiana de acuerdo con modelos

heroicos de virtud. Respondiendo, mediante el pensamiento y las obras, con empeño constante, a los impulsos de la gracia, ellos han podido conseguir, quizá con excepcional vigor, vetas sublimes de bondad y de santidad. Esos ejemplos nos confirman que todo laico, aun atendiendo -según su propio estado- a las cosas del mundo, puede ser cristiano en sentido pleno, es decir, santo.

3. El laico se santifica buscando el reino de Dios *de una forma propia*. Es llamado a obrar su santificación no fuera de las tareas terrenas que se le confían, casi separándose del mundo para servir a Dios, sino más bien impregnando de un profundo sentido religioso las propias obligaciones, descubriendo día a día, minuto a minuto, la presencia del Espíritu de Dios que, así como llena el universo, así también llena su alma. El laico está llamado a santificarse a sí mismo aceptando corresponder a esta interna acción del Espíritu, y permaneciendo como es, hombre entre los hombres.

4. Dirijamos ahora nuestra oración a la Virgen para pedirle el don de la santificación de los laicos en la Iglesia. María Santísima, con su intercesión, suscite en todos los fieles un fuerte deseo de santidad, proponiendo a todos el modelo de su testimonio tan singular. Como esposa y madre en la intimidad de la casa de Nazaret, semejante en todo a una mujer común de su tiempo, Ella vivió el misterio de la más profunda unión con Dios, siendo Madre de Dios, Madre de la Iglesia y Madre nuestra en el orden de la gracia. ¡Recémosle, para que nos ilumine a todos por el camino de la santificación!